

mundo no hay ni un solo hombre que sea perezoso á sus propios ojos. » Decía á uno de sus corresponsales: « Hay una expresión muy hermosa en vuestra última carta; es aquella en que decís que consideráis la vida como un cofrecillo ó joyero en que podemos guardar todos los tesoros espirituales que poseemos. Es en verdad una idea notable. En efecto, el hombre puede hacer con su vida lo que quiera y darle todo el valor posible para sí y para los demás. »

Unos trabajan por ocupación, otros por su gusto, otros por la fortuna, otros por la fama, y algunos por que no lo pueden remediar. El trabajo y la ocupación son absolutamente necesarios para su existencia. Cuando se hacen famosos es sin pretenderlo, y á veces contra su voluntad. Hay hombres que llegan á sobresalir por sólo la fuerza de laboriosidad, economizando cada momento, y empleándolo en algo útil. Cuando Plinio el Viejo estaba en el campo, no dejaba nunca de leer ó de oír leer, excepto cuando estaba en el baño. La mayor parte de los grandes químicos, naturalistas y filósofos de la naturaleza, han sabido aprovechar cuidadosamente el tiempo, observando y escribiendo constantemente.

Juan Dalton era un hombre de esta condición. Como Newton, no quería admitir que hubiese descubierto nada, á no ser gracias al poder de la laboriosidad paciente que había aplicado al objeto. Como le cumplimentasen por sus descubrimientos en una reunión destinada á conmemorar la fundación de la Escuela de Medicina de Mánchester, respondió: « Por lo que á mí toca, sólo sé decir, al ver á tantos como hay aquí presentes, y que continúan sus estudios, que si he tenido más éxito que muchos de los que me rodean,

en los diferentes caminos de la vida, ha sido, principalmente, ó mejor dicho, solamente, merced á una asiduidad infatigable. Algunos hombres llegan á ocupar un puesto más eminente que los demás, no sólo por poseer un genio superior á sus semejantes, sino sobre todo por su atención en el estudio y la perseverancia en escudriñar los objetos que tienen á la vista. Es esto, en mi opinión, lo que hace que un hombre tenga más éxito que otro. Esto es todo lo que debo decir respecto de mí. »

Dalton estaba siempre observando y comparando. Aun después de sufrir un ataque de parálisis, á los setenta y un años, y cuando ya estuvo suficientemente restablecido, continuó sus observaciones tan infatigablemente como antes. En la última noche de su vida consignó, como de costumbre, en un libro sus observaciones meteorológicas, de las cuales había hecho más de doscientas mil durante medio siglo.

Aunque Dalton no era de ningún modo una medianía, y aunque su modestia le inducía á no estimar el valor de sus trabajos, es indiscutible, sin embargo, que hay hombres de facultades ordinarias que han sido capaces de obtener resultados maravillosos, simplemente merced á la aplicación y laboriosidad perseverante. Algunos de los hombres que han influido más poderosamente en el mundo no ha habido tantos hombres de genio como hombres de gran fuerza de voluntad y de infinita capacidad para el trabajo. Entre ellos pueden mencionarse Martín Lutero, Calvino, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier ¹, Juan Knox y Juan Wesley.

1. Para San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, véase *Self-Help*. pp. 238, 322, 373; y *Duty*, 198, 323.

Lutero era un hombre de extraordinaria capacidad, energía y perseverancia. Puede decirse que su vida contiene la historia de la Reforma en Europa. Fué á la vez lingüista, escolástico, predicador y político. Todos los grandes movimientos de su siglo se concentran en él. Tradujo primero el Nuevo Testamento, y luego el Antiguo. Inundó la prensa, que estaba aún en la infancia, con opúsculos, tratados y disertaciones en defensa de la libertad de investigar y examinar el primero de los grandes derechos, según él decía, del entendimiento humano. Pero su capacidad para el trabajo no había nacido súbitamente, pues la laboriosidad había sido un hábito constante de su vida. Hablando de sí mismo en Witemberg, cuando era aún religioso, decía: « He necesitado dos secretarios para llevar mi correspondencia; soy predicador conventual, encargado de las pláticas durante la comida, director de estudios; soy vicario, ó en otros términos, soy once priores en uno; conservador de los estanques de Litzkau, abogado y asesor en Torgau, lector de las epístolas de San Pablo, y colector de salmos: y á todo esto hay que añadir los asaltos del mundo, de la carne y del demonio. » El trabajo, la energía y la resolución eran las condiciones habituales de su vida. Nada podía hacerle retroceder cuando veía ante sí claramente el camino del deber. Quiso ir á Worms, aunque había allí más demonios que tejas en los tejados.

Hasta los treinta y cinco años Lutero publicó muy poco; pero después no fué sólo el más copioso, sino el más popular de los escritores de Alemania. Su primera publicación tenía el título característico de *Resoluciones*, expresión de la enérgica determinación del hombre cuya vida era realmente una continua lucha

con las dificultades y los peligros. Por la energía de su estilo y el fuego y vehemencia de sus convicciones arrebatava á su auditorio. Su lenguaje se adaptaba á todas las voces y á todos los tonos; unas veces era breve, elegante, y agudo como el acero; otras veces era como un torrente de palabras. Al mismo tiempo se mostraba lleno de alegría y buen humor, complaciéndose mucho en compañía de su esposa y su familia, y encantando sus corazones con la música, pues sabía tocar la flauta y la guitarra. « La música, decía, es el arte de los profetas; es el único arte que, con la teología, puede calmar las agitaciones del alma y ahuyentar al demonio. » Pero no era esto bastante; empleaba algunos de sus ratos perdidos en tornear y en hacer relojes. No podía nunca estar ocioso. « Cuando me veo asaltado por graves tribulaciones, decía, salgo á pasear entre mis cerdos, antes que quedarme solo. » Su incansable ansia de trabajo era extraordinaria. En tres años escribió y publicó cuatrocientas cuarenta y seis obras, muchas ilustradas con grabados en madera, hechos conforme á sus dibujos; y durante el mismo tiempo estaba en correspondencia con muchos de los hombres más cultos de Europa. Lutero grabó el sello de su espíritu sobre su raza y nación; se consagró á la causa de la educación popular, y lo que ha llegado á ser Alemania debe atribuirse en no escasa parte á sus previsiones cálculos y á su influencia individual.

Calvino no era menos infatigable y laborioso. Era el teólogo y el dialéctico, así como Lutero fué el orador y el libelista de la Reforma. Calvino había estado sometido á una severa y prolongada disciplina mental en su juventud, y se había perfeccionado en los estudios de las escuelas. Tenía sólo veinticinco años

cuando aparecieron sus *Instituciones Cristianas*, obra que ejerció una poderosa influencia en el siglo en que vivió, lo mismo que en las generaciones sucesivas. Después de la aparición de esta obra fueron incesantes sus trabajos. Predicaba diariamente, enseñaba teología á los estudiantes tres días por semana, mantenía una correspondencia considerable, sostenía controversias con los teólogos de todos los países, y consagraba el resto de su tiempo á las obras literarias. Fué desde Ginebra á Francia y Alemania, pero siempre con aumento de trabajo. Escribió desde Estrasburgo á un amigo: «No recuerdo día en que haya estado tan sobrecargado con negocios de todas clases. Había un mensajero esperando la primera parte de mi libro, y tenía que revisar aún cerca de veinte páginas; añada usted á esto que tenía que enseñar, predicar, escribir cuatro cartas, resolver algunas controversias y responder á más de diez llamamientos.» Siempre se queja de interrupciones constantes, y desea lleguen «las largas noches, en que tendrá alguna libertad», aunque esta libertad sólo le servía para hacer algún trabajo selecto. Porque trabajaba noche y día «en todo tiempo,» hasta en las más terribles crisis de sus enfermedades. Su extremada templanza, y la sencillez de su vida, le permitieron llegar á los cincuenta y cinco años, época en que murió. Durante su última enfermedad, mientras ya no podía casi respirar, tradujo su *Harmonía de Moisés*, del latín en francés, revisó su traducción del *Génesis*, y escribió su *Comentario de Josué*. Al mismo tiempo se ocupaba en los negocios de las numerosas iglesias, y respondía á sus peticiones de palabra, ó por escrito, según lo requerían los diversos casos. Sus amigos le dirigian reproches, y le

suplicaban que tomase descanso; pero su respuesta habitual era que lo que había hecho era como nada, y que debían permitirle trabajar en la obra que Dios le había confiado, hasta su último suspiro.

Knox también era hombre de inquebrantable energía y de incansable laboriosidad. Siempre estaba en acción, enseñando, predicando, aconsejando y organizando; algunas veces huyendo de sus perseguidores y otras á la luz del día, arrostrando todos los peligros. Dos años estuvo como esclavo en una galera francesa, donde arrastraba sus cadenas y remaba bajo la tortura del látigo, con los hugonotes, como si fuesen criminales. Al fin fué libertado; aunque su salud se hallaba grandemente quebrantada por la crueldad con que era tratado, su vigor mental permaneció tan grande como antes. Anduvo animosamente de un lado á otro, despertando la inteligencia de sus compatriotas. Aunque se hallaba pregonado como fuera de la ley y rebelde, le formaban sus partidarios como un muro vivo de defensa en torno suyo. Su energía, su perseverancia, su talento y su valor, su gran ardor y su celo abnegado le sostuvieron en el «buen combate» hasta el triunfo final. Aunque vivió hasta la edad relativamente avanzada de sesenta y siete años, dice su biógrafo que «no estaba muy decaído, y eso, más que por los años, por sus trabajos corporales extraordinarios y las angustias de su espíritu». Cuando lo depositaron en la tumba detrás de la catedral de San Gil, en Edimburgo, lord Morton, mirando al féretro, dijo: «aquí yace uno que jamás temió la cara del hombre»¹.

1. La hija de Juan Knox, Isabel, se casó con Juan Welsh (del que descendía la difunta misstres Carlyle, Jane Welsh) Este era un mi-

No menos infatigable y trabajador era Juan Wesley, el fundador de la Junta metodista wesleyana. Su vida ha sido citada como un ejemplo de lo que puede un hombre de mediana capacidad, impulsado por el celo é inspirado por la abnegación. Wesley era un hombre de los más abnegados y un trabajador constante. No perdía un momento. Se levantaba á las cuatro de la mañana en verano é invierno, durante cincuenta años, y predicaba á las cinco cuando había auditorio. Viajaba cuatro á cinco mil millas por año, enseñando, predicando y organizando. En los intervalos de su trabajo, hallaba tiempo para leer mucho y para escribir obras voluminosas, siendo al mismo tiempo su propio impresor y librero. Puede inferirse, sin embargo, que le impulsaba más que el cuidado de los libros el vivo deseo de trabajar, de esta observación que hizo á uno de sus discípulos: « Cuidado con no absorberos en los libros. Una onza de amor vale tanto como una libra de ciencia ». Su habilidad en organizar y administrar los negocios era muy grande, como lo prueba suficientemente la vigorosa comunidad que fundó durante su vida, y que tanto incremento ha tomado después de su muerte.

Su conocimiento de los caracteres era penetrante, su voluntad resuelta y su inteligencia clara y neta.

nistro presbiteriano y fué desterrado por su oposición al Episcopado. Como su esposo estaba enfermo y deseaba volver á Escocia, pidió una entrevista al rey Jacobo, que le preguntó de quién era hija. Respondió ella: « Mi padre era Juan Knox. » — « Knox y Welsh, dijo el rey, nunca hizo el diablo un casamiento como éste. » — « Puede ser, respondió misstres Welsh, por más que nunca hemos solicitado su permiso. » Entonces le suplicó que permitiese volver á Escocia á su marido; y le dijo el rey: « Podráhacerlo si se somete á los obispos. » A esto contestó misstres Welsh, extendiendo su delantal: « Antes que hacer eso, quisiera tener su cabeza á juí. »

Pero todos estos rasgos característicos son poca cosa en comparación con su laboriosidad, que comunicaba á todo lo que se ponía al alcance de su influencia y ejemplo. A los ochenta y siete años escribía: « ¡ Bendito sea Dios! no tengo necesidad de aflojar en mis trabajos; todavía puedo predicar y escribir. » Todavía predicaba á los ochenta y ocho años, edad en que murió. Atribuía él mismo su longevidad y su vida laboriosa á su templanza habitual, pues había sido desde su juventud uno de los hombres más sobrios. Pero poseía una cosa que es de importancia inmensa para los trabajadores intelectuales: la facultad, que pocas personas tienen, relativamente, de dormir á voluntad, y reconocía que no había perdido una sola noche de sueño desde su infancia.

La simple cantidad de trabajo hecho por algunos hombres, aparte de la cuestión de la calidad, ha sido extraordinaria. Ricardo Baxter escribió ciento cuarenta y cinco obras distintas, como decía él mismo « en medio de todas mis demás ocupaciones ». De Foe estaba sin cesar escribiendo folletos y libros. Chalmers da una lista de ciento setenta y cuatro obras diferentes, aunque varias de ellas son folletos poco conocidos hoy día. Los nueve volúmenes en cuarto de la *Revista de Foe* están todos escritos de su propia mano¹. Ciertamente, muchos de sus libros yacen en el olvido, como debe suceder necesariamente con las obras de todo escritor muy fecundo. En su mayor parte mueren con la ocasión que les dió el ser. Sólo algunas, y éstas son á veces las menos apreciadas en la época de

1. El erudito P. Sarmiento, amigo y admirador de Feijóo, escribió durante su vida, de su puño y letra, 3.000 pliegos de papel marquilla sobre diversas materias. — (N. del T.)

su publicación, están destinadas á llegar á la posteridad. *Robinson Crusoe* fué ofrecido á varios librereros, que lo rechazaron, y precisamente á este libro, más que á ningún otro, debe de Foe su fama.

Hay otros muchos autores cuyas obras están casi olvidadas. Prynne, el autor de *Histrionastix*, es uno de ellos. Se ha calculado que desde que llegó á la edad varonil hasta el día de su muerte, escribió, compiló é imprimió, por término medio, ocho páginas en cuarto por día. Y lo que es más, sus obras gozaron de popularidad extraordinaria en su tiempo, y hubo editores que arriesgaron varios cientos de libras esterlinas por un solo volumen. Sin embargo, casi nadie las conoce hoy, excepto los bibliófilos.

Las obras de algunos autores fecundísimos han sido casi desconocidas hasta en su propia época. Un caballero dijo casualmente al doctor Campbell, autor de *Una ojeada política sobre la Gran Bretaña*, que desearía tener una edición de sus obras, y vió con gran asombro, á la mañana siguiente, un carro cargado de las obras del doctor Campbell, que esperaba á su puerta. La facturita se elevaba á más de setenta libras esterlinas. El padre de Swedenborg, Bishop Suidberg-trabajaba casi incesantemente en su prensa de imprimir. «Creo, decía, que no cabrían en diez carros los libros que he escrito ó impreso á mi propia costa». Su hijo Manuel fué un autor muy fecundo, pues publicó durante su vida más de setenta libros, algunos de ellos muy eruditos. El abate Prévost escribió más de ciento setenta volúmenes, aunque el único que hoy que se lee es *Manon Lescaut*. Hans Sachs, el zapatero y autor alemán, era uno de los hombres más laboriosos; porque además de los zapatos que hacía y re-

mendaba, compuso y publicó cerca de doscientas comedias, tragedias y farsas, alegorías en verso y poemas sagrados y profanos. Moser, un compilador alemán del siglo pasado, dejó cuatrocientas ochenta obras, diez y siete de las cuales están aún sin publicar. Otro alemán, Kruntz, compuso él solo una enciclopedia, la cual constaba en la época de su muerte, en 1796, de setenta y dos grandes tomos en octavo¹.

Todos reconocen la excelencia de las obras de Buffón. Cuando se publicaron en edición completa, después de su muerte, formaban treinta y seis tomos en cuarto; pero, según sus propias palabras, «había empleado cincuenta años en escribirlas». A Gibbon le costó quince años de trabajo y estudio laboriosos el escribir su *Decadencia y ruina del imperio romano*. El doctor Robertson, de Edimburgo, era otro trabajador diligente, tan notable por la cualidad como por la cantidad de sus obras. Su *Historia de Escocia* y su *Historia del reinado de Carlos V*, son probablemente sus mejores obras históricas. Su palabra favorita era: *Vita sine litteris mors est*, sentimiento que abrigó durante toda su vida. Sir John Sinclair fué un trabajador extraordinario. Cuando estaba en el colegio, hizo la siguiente distribución del tiempo: sueño, siete horas; vestirse y desnudarse, media hora; comida y descanso, dos horas y media; ejercicio, dos horas; estudio, doce horas: lo cual sumaba las veinticuatro horas. Trabajó continuamente hasta que tuvo ochenta y un años; su inteligencia permaneció clara y firme

1. El erudito y extravagante comentarista de Camoens, Manuel Faria y Souza, escribió cerca de 4.000 páginas en folio de notas, comentarios é interpretaciones. — (N. del T.)

hasta el fin. Durante su vida publicó diez grandes obras, en diez y ocho tomos, y dirigió la publicación de otras cuatro obras en ciento seis volúmenes, sin contar nada menos que trescientos sesenta y siete folletos sobre distintos asuntos ¹.

Los hábitos de estudio de Monsieur Littré eran algo diferentes de los de sir John Sinclair. Littré fué primero doctor, después publicista y por último filólogo. A la edad de sesenta y dos años empezó la gran obra por la que es más generalmente conocido, su *Diccionario de la Lengua Francesa*. Hizo él solo, casi sin ayuda, lo que necesitó los conocimientos y actividad combinados de todos los miembros de la Academia Francesa en la generación precedente. La obra de Littré no es sólo un Diccionario de la Lengua Francesa, sino una historia de cada palabra con su nomenclatura, significado, pronunciación, etimología, definiciones y sinónimos, juntamente con ejemplos de estilo y de lenguaje, tomados de los mejores autores. No es fácil que un trabajo igual haya sido llevado á cabo por un solo hombre en tan poco tiempo, pues la obra le ocupó solamente unos catorce años. Empezó en 1863, á la edad de sesenta y dos años, y terminó los cuatro tomos originales, de cerca de tres mil páginas, cada una de tres columnas de letra pequeña, hacia el año 1878. Pero quedaba que hacer otro tomo para completar su obra, el suplemento, que contenía más de cuatrocientas páginas llenas de notas adicionales ².

1. Para formarse idea de la vida y carrera de sir John, véase *Self-Help*, pp. 376-381.

2. En el último volumen que es el suplemento (el quinto de su grande obra) dice Littré: « Casi había llegado á la impresión de la mitad de este suplemento, cuando una grave enfermedad, obligándome

Él mismo indica cómo economizaba el tiempo, mientras trabajaba en su *Diccionario*. Levantábase á las ocho, y bajaba con algún trabajo mientras arreglaban su cuarto. A las nueve subía, y corregía pruebas hasta la hora de almorzar. De la una á las tres, trabajaba en el *Journal des Savants*, y de las tres á las seis en su Diccionario. A las seis bajaba para cenar, y empleaba en ello cerca de una hora. A pesar del precepto de los médicos, que dicen que no se debe volver á trabajar inmediatamente después de comer, Littré lo violaba constantemente, y no le iba peor por ello. Desde las siete hasta las tres de la mañana siguiente, trabajaba tranquilamente en su *Diccionario*, y luego se iba á la cama. Dormía tan profundamente como Wesley, y se levantaba á la mañana siguiente á las ocho, para empezar su trabajo diario como de costumbre. Littré murió á los ochenta años.

« Trabajar », formaba parte de la religión de Southey. Siempre estaba leyendo, escribiendo ó anotando. Su espíritu estaba lleno de grandes propósitos, aunque

me á interrumpir mi trabajo, me hizo recordar el verso que Virgilio pone en boca de Eneas, cuando después de varios inútiles intentos de resistencia en la última noche de Troya, exclamó: *Hen nihil invitis fas quemquam fiedere divis*. ¿No era, en efecto, ir contra la voluntad de los dioses, empezar á los setenta y seis años un trabajo de alguna duración? Pero según mi teoría moral, respecto de la actividad (teoría que he expuesto varias veces), es preciso trabajar y emprender nuevas obras hasta el fin dejando al destino el cuidado de decidir si se ha de terminar lo empezado. Después del verso de Virgilio, presentóse á mi mente también, en medio del ocio forzado de la enfermedad, la imagen de La Fontaine y de su anciano centenario disputando con la muerte que le insta y le asegura que no importa á la república que haga testamento, ni que atienda al porvenir de su sobrino ó agregue una ala á la casa. No soy centenario, aunque bastante viejo, y también hallé que objetar á la muerte. Tampoco creía ella que importase mucho á la república el que yo terminase mi suplemento; pero en fin no insistió, me vi libre de la amenaza y se me concedió un plazo. »

no vivió lo suficiente para realizarlos. Escribió durante su vida más de cien volúmenes acerca de varios asuntos, sin contar más de ciento treinta artículos para la *Quarterly Review*. Schiller, aunque su carrera fué más corta que la de Southey, y aunque el número de sus obras fué mucho más reducido, creó también más de un personaje lleno de vida. Escribió sus mejores obras durante los quince últimos años de su vida, aunque durante aquel tiempo no pasaba un día libre de padecimientos corporales.

Verdad es que una gran cantidad de trabajo intelectual, no es sino egoísmo; no aspira á un objeto útil, como el adelanto de la ciencia; ni siquiera se propone divertir ni instruir á los demás, sino simplemente la propia satisfacción. Así Mezzofanti, poseía casi todas las lenguas conocidas, pero no dejó escrita ni una sola palabra para ayudar en su camino al estudiante que lucha. También Magliabecchi, el devorador de libros, que no vivía, comía y dormía sino entre ellos, y que no salió de Florencia sino dos veces en su vida, era otro trabajador intelectual inútil, que vivía exclusivamente para sí mismo, y que nada hizo para que el mundo tuviese que agradecer el que hubiese existido semejante devorador de libros.

Calderón y Lope de Vega fueron autores de los más fecundos uno añadió lo menos cuatrocientos dramas y el otro más de dos mil á la literatura dramática de España. Lope de Vega escribió con la misma facilidad con que conversan los hombres de gran facundia, sin preparación y sin esfuerzo. Era un improvisador. Produjo, porque no podía dejar de producir. Rara vez pasaba un mes ni aun una semana, sin que saliese de su pluma un soneto, ó romance, ó comedia, ó drama.

El mismo hace constar en su égloga á *Claudio*, una de sus últimas obras, que cerca de ciento de sus comedias fueron compuestas en otros tantos días. Durante los cincuenta años de su vida de trabajo produjo más de veinte millones de versos que se imprimieron, así como veintiún volúmenes en cuarto de obras diversas¹.

El solo escritor de los tiempos modernos que puede compararse con Lope de Vega, por lo que toca á la rapidez de la producción, es sir Walter Scott, que sin embargo aflojó en el trabajo más frecuentemente. Cuando estaba más alta la marea de su popularidad produjo las novelas de *Waverley*, á doce volúmenes por año. Así *Ivanhoe*, *El Monasterio*, *El Abad* y *Kenilworth*, fueron escritos en poco más de doce meses. Además Scott componía más de prisa que escribía, y cuando no pudo, por la enfermedad y los sufrimientos corporales proseguir con *La Desposada de Lamermoor*, llamó en su auxilio á Laidlaw y á John Ballantyne para servirle de escribientes. Tenían que decirle con frecuencia que dictara más despacio para permitirles seguir la narración. Laidlaw le suplicaba que parase de dictar; sus visibles sufrimientos le obligaban á hacer una ligera pausa. « No, Willie, decía Scott; mirad sólo si están las puertas bien cerradas; en cuanto á dejar de trabajar, eso no puede ser sino cuando yo esté sin vida. » John Ballantyne tenía generalmente una docena de plumas dispuestas antes de sentarse á trabajar enfrente del sofá en que yacía Scott. Como

1. He aquí sus versos:

Y más de ciento en horas veinticuatro,
Pasaron de las musas al teatro.

Se ha calculado que escribió 133.000 páginas, y 23.000.000 de versos. — (N. del T.)

Scott se movía frecuentemente en su almohada con un lamento de dolor, continuaba algunas veces la frase sin tomar nuevo aliento. Pero cuando esto ocurría en medio de un diálogo muy animado, el espíritu parecía triunfar de la materia, y Scott se levantaba de su lecho y se paseaba por la habitación, alzando y bajando la voz, como si representase la acción.

De este modo compuso Scott la mayor parte de *La Desposada de Lamermoor*. Hay una circunstancia notable que se relaciona con la producción de esta novela, que puede que sea la más dramática y trágica de las de Scott; y es que cuando pusieron la obra en sus manos, después de su curación, no recordó ni un solo incidente, ni un carácter, ni un diálogo de los que contenía. La historia estaba arraigada en su espíritu desde la niñez, pero todo el trabajo del drama, en sus maravillosos detalles, lo había hecho como si hubiese estado dormido, y cuando lo leyó después, le pareció como el despertar de un sueño. Hay que decir también que Scott, durante todo el tiempo que empleó en su composición, había estado bajo la influencia del beleño y del opio, de los que tomó grandes cantidades, con el propósito de aliviar los dolorosos calambres de su estómago, y se hallaba entonces en un estado completamente anormal de nerviosidad y exaltación.

Scott estaba de prisa cuando escribió la *Vida de Napoleón*. Esta obra voluminosa, pero insoportable, fué escrita con el propósito especial de pagar sus deudas. Fué compuesta en medio del dolor, del tedio y la ruina. Los nueve tomos fueron escritos rápidamente, en menos de doce meses. Al mismo tiempo se ocupaba en la novela de *Woodstock*, sirviéndole la composición de ésta última como consuelo y alivio de un tra-

bajo más penoso. Scott produjo en todo setenta y cuatro volúmenes de novelas, veintiuno de poesías y cerca de treinta volúmenes de historia y de biografía, así como gran número de artículos para la *Quarterly Review* y otros periódicos.

Ciento cuatro de aquellos volúmenes fueron escritos de 1814 á 1831, que son los principales años de trabajo de su vida, ó sea seis volúmenes por año. El simple trabajo mecánico de escribirlos era inmenso. Pero hay que tener en cuenta que Scott no era solamente un autor. Era alcalde de su condado, escribano de los tribunales, socio de una imprenta y librería, tenía correspondencia casi universal con amigos de todas las partes del mundo, y era un señor de pueblo que ejercía espléndida hospitalidad. Era un caballero de los más laboriosos, excelentes y nobles.

Como hemos dicho, no es la cantidad sino la calidad del trabajo lo que más se aprecia. Algunos hombres han trabajado en obras que una vez terminadas podían contenerse en muy pequeño espacio. Así la *Analogía*, de Bútlar, ocupó á su autor durante veinte años, y se reduce á un pequeño volumen. Pero escribió y reescribió varias partes de dicha obra, y estudió cada palabra y cada frase, hasta lograr que expresase precisamente su pensamiento, y no otro. Es simplemente un epitome condensado de pensamientos y argumentos.

Empleó Montesquieu veinticinco años en componer su *Esprit des Loix*, aunque puede leerse en una hora. El autor dijo á un amigo: « Su preparación ha encañecido mis cabellos. » El tratado de Harvey ¹, *Exerci-*

1. Miguel Servet, quemado por Calvino veinticinco años antes que naciera Harvey, había hecho este mismo descubrimiento. — (N. del T.)

tatio de Motu Cordis et Sanguinis, en el que demuestra la circulación de la sangre, le costó veintiseis años de trabajo. El naturalista Swammerdan, empleó ocho años en preparar su última obra, *Anatomía de las efémeras*. Ariosto tardó diez años en componer su *Orlando Furioso*, de cuya primera edición sólo se imprimieron unos cien ejemplares, vendidos á un librero á una peseta y media cada uno.

Abrahán Tucker hizo numerosos esbozos de su *Luz de la Naturaleza* antes de decidir el plan y los detalles de la obra, después de lo cual la escribió y copió entera dos veces de su propia mano. La obra, que constaba de siete tomos en octavo, le ocupó durante diez y ocho años. Aunque poco leído hoy día, *La Luz de la Naturaleza*, era un libro favorito del doctor Paley y de sir James Mackintosh. Tucker ha sido llamado el « Montaigne Metafísico. » Sir James Mackintosh decía de él, que escribía para su propio deleite más bien que para el del público, y que tenía demasiado poca consideración á sus lectores, para sacrificarles su sinceridad ó modificar su prolijidad, repetición y egoísmo, por miedo de cansarlos. Por eso el libro permanece ahora en los estantes de las bibliotecas como tantos libros muertos y medio olvidados.

Mientras algunos autores, como Lope de Vega y Scott, componían sus obras con facilidad y rapidez, otros como Virgilio, Tasso, Petrarca, Pascal y Buffón, escribían y volvían á escribir, y nunca estaban satisfechos de la forma en que estaban expuestas sus ideas. Los libros, sin embargo, y especialmente los libros en prosa, viven más bien por lo que contienen, que por la forma en que están presentados. El estilo sólo no ha salvado ni salvará pro-

bablemente nunca un libro. Y sin embargo, el estilo debe ser estimado grandemente. Los autores que han cuidado demasiado el estilo, rara vez han sobrevivido á su época, mientras que los que se han fijado más en la materia sobreviven en mayor número.

No hay duda que muchas obras escritas rápida y fácilmente, revelan escaso mérito y mueren, pero otro tanto sucede con otras obras escritas con trabajo y cuidado. Del enorme número de las obras de Lope de Vega, pocas se recuerdan ahora, y sólo dos ó tres se mantienen en la escena¹. Lo mismo sucede con las obras del poeta italiano Leonida, que escribía sus poemas diez veces, para darles la perfección que deseaba; lo mismo sucedió con Pedro Maffei, que se consagraba á la cuidadosa composición de sólo quince líneas por día, y de Claudio Vaugelas, que empleó treinta años en traducir á Quinto Curcio, y que jamás acababa de retocar y corregir. Pero ¿quién lee ahora estos libros?

Rogers empleó catorce años en componer su *Italia*.

Pero ¡cuántos lectores no querrían poseer el libro á no ser por las exquisitas ilustraciones de Turner! Se ha dicho de Rogers que « sus obras debían haber sido hechas para las ilustraciones. » Decía Babbage, que Rogers no escribió nunca más que cuatro ó cuando más seis versos al día durante su vida. Sin embargo Babbage, en su *Vida de un filósofo*, menciona

1. El autor habla como profano en la materia. En contra de su aserto podríamos citar muchos hechos, entre otros el de la magnífica y magistral edición de las obras de Lope que está haciendo el señor Menéndez y Pelayo por encargo de la Academia Española.

(N. del T.)